

CERVANTES COMO TERMÓMETRO DE NUESTRA SOCIEDAD

Con libertad me pidieron que hablara y con libertad he escrito esta humilde intervención. Les confieso que me ha quedado un discurso muy *blues*, con acordes tristes y una cadencia pesimista. Pero, ¡qué le vamos a hacer!, no soy un intelectual, me considero artista. Las musas me sedujeron más que Academo. No soy capaz de crear desde la sala de máquinas sino desde la vela hambrienta de viento. Nunca he escrito metódicamente, me dejó arrastrar por la corriente allá donde me lleve. Así que, por favor, no vean dogmas en mis afirmaciones ni sentencias en mis quejidos, tan solo trazos de color más o menos grueso en un pensamiento barroco. Voy a compartir con ustedes lo que siento, que a veces y solo a veces, coincide con lo que pienso. Si a alguno incomodaran mis palabras lo lamento en un cuarenta por ciento, porque tampoco pasa nada por sufrir golpes dialécticos durante un rato. Tómelo como un ejercicio pugilístico de resistencia intelectual. Les habla un escritor, un profesor que, después de diez años de enseñanza en la universidad, colgó los hábitos para convertirse en entrenador profesional de boxeo y que, pasado un tiempo, regresó a la arena de la enseñanza secundaria. Empezamos si les parece.

Entre orinar junto al tronco de un árbol para marcar el territorio y el establecimiento de las bases teóricas del derecho de gentes realizado por Francisco de Vitoria (fallecido justo un año antes de que Cervantes llorara por primera vez); entre la berrea del venado sometido al celo y un poema de amor de Lope de Vega (aquel amigo que nuestro escritor más universal perdiera a causa de las envidias); entre usar la posición de las estrellas con la eficiencia del escarabajo pelotero cuando desplaza estiércol por la noche o buscarle respuestas matemáticas al cosmos como hiciese Galileo (solo diecisiete años mayor que el alcalaíno), entre estos ejemplos que acabo de referir existe la misma distancia ontológica que separa al bloque de mármol, aún en el vientre de la cantera, de una escultura de Bernini, quien, por cierto, tenía ocho años de edad cuando se publicó la primera parte del Quijote.

Negarnos trascendencia evolutiva es un acto de mutilación que nos va a costar caro. Si dejamos de respetar nuestro asombroso destino estamos despreciando la más fascinante aventura vivida por la conciencia. Amar la cultura significa dejar a un lado, que no atrás, la relación instintiva con la realidad. No pido que todos seamos coribantes y atronemos el mundo con címbalos intelectuales, no deliro. Solo sueño con no arrebatarnos a las nuevas generaciones las piezas del puzle que mejor nos definen. Pues nuestra esencia radica, no en lo que compartimos con el resto de seres vivos, sino en lo que nosotros tenemos y ellos no. Apostar por la superficialidad y la banalización de las emociones es una estrategia equivocada que ni siquiera renta a corto plazo, pues el embrutecimiento y la hipersensibilidad no aportan ni vano ni columna sobre los que sostener nuestro mundo.

Que gran parte de los adolescentes deje de soñar con un porvenir vocacional representa una señal inequívoca de mediocridad social. Con quince años se puede estar perdido pero no ser ya un perdedor. Nuestros chicos no merecen la derrota sin haber comenzado si quiera la batalla. Que otra parte de esa juventud pretenda coronarse tirana de la galaxia para que los demás, los viejos, la colmemos con servilismo supone la fabricación de una hidra de incapaces que devorará nuestro futuro.

Vulgar es restarle músculo al estudio; arrinconar al mérito y a la capacidad; es llenar el cofre de la inteligencia con bisutería, mal pagar el esfuerzo de la comprensión. Ortega y Gasset me enseñó que elegante e inteligente son palabras hermanas. Vulgar es tener librerías vacías y centros comerciales llenos, es rechazar el conocimiento con la suficiencia del *snoob*, del sine nobilitatis, que lo mide todo con dinero, porque, que nadie se lleve a engaño, nuestra clase bien desatiende a la inteligencia con la misma irresponsabilidad que nuestra clase mal. Don Francisco de Quevedo, vecino de Cervantes en el madrileño barrio de las Huertas, a quien nuestro admirado autor llamaba, con mucha mala leche, patacoja, supo plasmar la constante infidelidad de nuestro mundo hacia el

esfuerzo intelectual: *“No es sabio el que sabe donde está el tesoro, sino el que trabaja y lo saca”*.

Podemos optar entre seguir avanzando a través de la senda del *homo sapiens* hasta nuestra Ítaca, a pesar de las brumas de la razón, a pesar de las incertidumbres y errores, o buscar un atajo entre la maleza y crear una nueva especie que acompañe a los *erectus*, *ergaster*, *antecesor* y *neardentales*. Elegir el simple aprobado en lugar de pretender el sobresaliente evolutivo nos condena al suspenso. *“De altos espíritus es aspirar a las cosas altas”*, se sentencia en el Persiles. Si estabulamos el potencial de nuestra mente nos aguarda la carnicería, y antes el matadero. Quizá hoy nos encontremos más cerca que nunca del *homo imbecilis* como un tumor retoñando en nuestra rama genealógica. Desde luego más lejos, no. *“Cada uno es como Dios lo hizo, y peor aún muchas veces”*, que contestara Sancho al bachiller Sansón Carrasco. Ser ignorante en España no es solo una condena. Además, es una opción. El frío cultural que nos rodea resulta absolutamente insoportable. No nos congelamos como civilización porque la grasa generada por nuestros antepasados nos permite sobrevivir a este invierno sin fin.

Estoy muy cansado de las aberraciones culturales que igualan el ritmo simiesco de una canción de reguetón o de rap con un solo de oboe en mitad de una sinfonía de Sibelius. En el arte no vale la democracia, aunque duela. *“El andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos”*, nos recuerda Cervantes. Una sociedad que desprecia a los clásicos, que los olvida y vende al peso es una sociedad comida por la viruela de la indolencia. Lo residual se convierte en genérico porque el narcisismo está hinchado; lo chabacano se mofa de lo extraordinario con crueldad y desprecio. Nos conmovieron aquellas palabras del galeote: *“Toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas”*. ¡Qué ingenuos hemos sido! La vulgaridad es una bacteria que se alimenta de la calidad y esteriliza el talento. Y de nada vale repetir ahora las palabras de don Quijote: *“De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud”*. Prepárense para

los guijarros, palos y golpes que vamos a recibir de tantos galeotes criados a nuestro pecho.

¿Saben ustedes a lo que me recuerda este desapego hacia nuestras aptitudes? A los compañeros de la infancia que fracasaron en sus opciones personales y que, agarrados al rencor, aprovechan, por ejemplo, las horribles reuniones de antiguos alumnos (que deberían, por cierto, estar prohibidas) para desacreditar los éxitos sociales y los triunfos íntimos de aquel, de aquella, que sí ha ganado en el juego de la vida. <<Te habrá ido muy bien, te crees muy importante, pero tú sigues siendo tal y cual, como cuando teníamos diez años. Yo te conozco. Sé cómo eres>>. Si ustedes han acabado en el lado correcto de la ecuación entenderán que la mediocridad no perdona jamás que alguien abandone su redil. La envidia, que es la manera más siniestra de admiración en palabras de Jesús González Maestro, siempre buscará la disolución homeopática de la victoria individual en el colectivo heterogéneo. Soy español como Nadal, andaluz como Antonio Banderas, y granadino como Lorca. ¿Me entienden? Ya se lo dijo don Quijote a Sancho: *“Como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles”*. La gente sentencia sobre cualquier tema desde el instinto y no desde la inteligencia. No puede haber diálogo porque no hay logos, solo rebuznos y ecos. No olvidemos jamás lo que dijo Azaña: *“Si los españoles hablaran solo de lo que saben (Pérez-Reverte estaría incluido) se produciría un gran silencio que podríamos aprovechar para pensar”*.

Estoy muy cansado también del buenismo supersticioso que ha parasitado la educación hasta degradar la enseñanza a unos puntos insostenibles. ¿Quién demonios ha dicho que el conocimiento es lo de menos, que los contenidos no han de definir el aprendizaje curricular? ¿Por qué diablos se le ha dado el mando pedagógico a una cuadrilla de cursis? ¡Educar en el amor, educar en la bondad, educar en la tolerancia! Miren a nuestros muchachos y díganme si saben amar, si son mejores y más tolerantes que nosotros a su edad. Los profesores son los herederos de Prometeo, a ellos corresponde la titánica labor de domar el fuego del saber. A ellos es a quienes hay que escuchar. A la abeja obrera, no a los

zánanos. He pasado diez años dedicado a sembrar la confusión en una universidad. Sé de lo que hablo. Adoro esta profesión como adoro a Dios y a mi mujer, sin medida, con ternura y paciencia; admiro a la inmensa mayoría de compañeros que se deja la piel a diario en las aulas. ¿Sabían que el aula en Roma era el lugar donde se celebraban las ceremonias importantes? Respeto hasta la veneración a aquellos que se dedican al noble, agotador e ingrato trabajo de la enseñanza. Y combato, por responsabilidad, a esa minoría ruidosa que pretende convertir las escuelas, los institutos y las universidades en carrozas sentimentaloides de carnaval. Confundir los métodos del profesor John Keating con las pedagogías Waldorf y Montessori ha provocado una brutal infección en nuestro modelo educativo.

Las ciencias sociales han sido tomadas por una plaga de axiomas erróneos. *“Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes fueron de oro puro, sino de oropel y hoja de lata”*, nos susurra Sancho. Dejar de exigirnos como diamantes nos condena a convertirnos en hollín. Si nos perdemos el respeto dejamos de creer en la magia del pensamiento. Y quien no cree en la magia huye del asombro. No somos monos con disfraz. La inteligencia no es vestimenta, es nuestro desnudo. Aprender y sorprender comparten etimología. *“Letras sin virtud son perlas en el muladar”*, asegura Cervantes. Nuestros hijos deben ir a los centros de enseñanza a estudiar, algo que los desarrollará como personas, no ir a los centros de enseñanza a desarrollarse como personas, algo que los hará estudiar. En la educación no hay regla conmutativa. El orden de los factores sí altera el producto.

Todos los que llenamos este salón, de una u otra forma practicamos el postsalvajismo en nuestra juventud, quien esté libre de excesos que tire el primer recuerdo. Pero la diferencia entre ese ayer y este hoy estriba en que la sociedad no permitía, no alentaba nuestros desmanes. Éramos auténtica disidencia heroica frente a un sistema opresor. La rebeldía tenía mérito porque te la jugabas a cada desacato. Sin embargo, en la actualidad impera un bálsamo de fierabrás que invita a los jóvenes a practicar el canibalismo cívico sin ningún riesgo. Es más, se encuentran ultra protegidos estructuralmente, por un núcleo familiar

transformado en manada goriloide. ¡Qué daño ha hecho delimitar la aduana de las clases sociales teniendo en cuenta solo los ingresos económicos!, ¿por qué digo esto? Porque muchos miembros de la clase baja han consumado la más torpe de las venganzas sociales abrazando el comportamiento cruel de los ricos. Te voy a demostrar que soy un triunfador tratándote como trataron a mis padres y a mis abuelos. No ha habido microevolución sociológica, solo involución. Nuestras instituciones educativas son incapaces de gestionar la aparición de mentes hermosas. Apostar, motivar y cuidar a los más inteligentes se ha convertido en un acto inquisitorialmente perseguido. A pesar de todo el azúcar, los centros educativos son inhábiles en su mayoría para el reciclaje sostenible de aquellos que pueden aportar muchísimo al futuro si se les sabe reconducir. Triunfa el alumno problemático, que no hemos de confundir con el que tiene problemas. Y todo gracias a los profetas de lo correcto, que siguen hilando el aire para venderle al emperador el mejor de los trajes. No hay cosa más triste que ver a los docentes empequeñecidos y desbordados, ni cosa más peligrosa que darle cada vez más autoridad y territorio a un adolescente. La crueldad es como el camaleón, se oculta en un cándido rostro lleno de granos.

Repito, para que no haya errores de buena fe en la percepción mi planteamiento: la juventud siempre ha sido un volcán de provocaciones. Siempre. La juventud ha respondido, responde y responderá a un mandato biológico. La naturaleza no negocia. Lo que resulta nuevo es que la sociedad aplauda las idioteces. Cervantes coló unos versos preciosos en el atrio del Quijote: *“Advierte que es desatino/ siendo de vidrio el tejado,/ tomar piedras en la mano/ para tirar al vecino”*. Pues eso. Cuando el mejor de los adultos se comporta como el peor de los cachorros y el mejor de los cachorros actúa como el peor de los adultos el porvenir se vuelve nitroglicerina volátil.

Me gustaría que del potaje de mi queja quitaran ustedes los versos de Jorge Manrique. A mi parecer cualquiera tiempo pasado no fue mejor. La condición de la juventud mantiene una irritante linealidad a lo largo de la Historia. No los culpo a ellos, tan solo pretendo ayudarlos defendiéndome de sus coces. Dicen

que un pesimista es un optimista bien informado. Ojalá yo me equivoque. Lo deseo con todo el poder del subjuntivo. Ojalá Popper trajera un cuervo blanco y me lo plantara frente a tantos negros que picotean sin descanso mi experiencia. Creo con pesar que vivimos en una distopía educativa provocada, entre otras muchas cosas, por la falta de cuidado del lenguaje como maquinaria asombrosa y de la literatura como viaje interestelar. Cuando se decidió derribar el muro del autoritarismo que hundía sus raíces en Dracón (algo que era necesario hacer) alguien, probablemente un mediocre con poder, se equivocó de pared y mandó echar abajo también el tabique de la disciplina, el de la jerarquía y el del esfuerzo. El profesorado está cautivo en Argel, nos han apresado (permítanme que hable en primera persona del plural) los corsarios de la demagogia.

Hablando de cautiverios, a Miguel de Cervantes lo capturaron a los veintiocho años, volviendo de Nápoles, junto a la costa catalana, muy cerca de Cadaqués, y lo tuvieron los piratas cinco años encadenado. Su único consuelo, convertido al mismo tiempo en tragedia, fue que con él iba su hermano Rodrigo. A quien los enormes esfuerzos de la familia Cervantes consiguieron liberar dos años después. Así que Miguel pasó tres años más solo, intentando fugarse hasta en cuatro ocasiones. De hecho, encontró la salvación estando ya embarcado en una galera con destino a Constantinopla donde iba a pudrirse sin remedio. Miguel de Cervantes fue literalmente desembarcado del infierno y devuelto a la vida. No se puede pedir más intensidad dramática. Ese momento en el puerto de Argel, con el padre Juan Gil negociando a destajo, pagando 500 escudos de oro de España y corriendo hacia el barco que zarpa para decir que bajen de él a un prisionero llamado Miguel de Cervantes, ese momento lo coge un director de cine y el estómago se nos parte. Nunca hay que arrojar la toalla. Rendirnos no es una opción. Esto de la vida es un combate de boxeo. No gana el que más golpea sino el que mejor sabe encajar. Encajar y esquivar son las dos caras de la resistencia. Escribió Francois de Rochefoucauld, llegado al mundo tres años antes de que Cervantes lo dejara, que *la esperanza y el temor son inseparables y no hay temor sin esperanza, ni esperanza sin temor*. Como entrenador profesional de boxeo les hablo ahora: creo que ha llegado el momento de seguir encajando pero

también de dar algo de cera a la frivolidad de este mundo autosatisfecho. Pam pam pam, tres directos, nada más, para que nos sigan machacando pero ya con respeto y no con tanta saña.

Volvamos a la crítica. Decía Luis García San Miguel, catedrático de filosofía, decano de la facultad de Derecho de la universidad de Alcalá de Henares y buen amigo del que heredé toda su ropa cuando murió, decía que “criticar una mucho”. Les invito ahora a que imaginen el escaparate de cualquier librería. ¿Me permiten una profecía al uso de Nostradamus, quien coincidió casi veinte años con Cervantes en esto de la vida?

Veo una cristalera. Ningún clásico, bastante sobre animales, deporte y alimentación, mucha dieta saludable, algo de autoayuda, dos o tres imposiciones editoriales disfrazadas de premios (de esto sé bastante) y muchos libros infantiles, muchos, muchos. Frente a tal imagen no me queda más que repetir con don Quijote: *Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes*. No molinos.

Como autor de novela policiaca, observo en este escaparate, imaginario que no imaginado, muchos indicios criminales. Para empezar descarto como sospechoso al librero. Como buen comerciante el librero quiere comer. Hay que vender lo que sea. Tarda menos en leerse un libro que en crecer el pelo de nuestra cabeza y miren ustedes a su alrededor y dígname si hay más peluquerías o librerías. Los dos negocios son absolutamente necesarios, que nadie se me ofenda. Pero el librero parte con desventaja, en España las cabezas lectoras padecen alopecia.

Comparto con ustedes unos datos del ministerio de educación: el treinta y pico por ciento de la masa en edad lectora reconoce sin rubor que no lee nunca, ¡nunca! ¡Sin rubor! Da la sensación de que piensan que del mucho leer y del poco dormir se les va a secar el cerebro. Seguimos. Un seis por ciento confiesa que solo lo hace por trabajo, esta respuesta es aún más descorazonadora, ¿no creen?; un veintidós por ciento desvela que se aproxima a la lectura por motivos

académicos; y un treinta y siete por ciento afirma que lee con regularidad y por placer. Somos españoles, así que apliquemos un baremo prudencial de escepticismo ante la credibilidad de este último grupo. Mentimos como tic nervioso.

Todos sabemos que leer es algo bueno, que ayuda a ampliar vocabulario y, por tanto, a manejar más ideas y de mejor manera, todos coincidimos en que la lectura estimula nuestro cerebro, que engrasa la imaginación y ajusta la inteligencia. Cervantes nos lo recuerda: “*El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho*”. Sin embargo, solo un treinta y siete por ciento de la población convierte la lectura en parte de su rutina vital. Los antiguos griegos fueron muy grandes, sobre todo los atenienses, que otros hubo muy brutos como los espartanos, convertidos hoy en ídolos, por cierto. Ellos tenían una palabra para el ocio: *skolé*. De ahí pasó al latín como *schola* y al castellano como escuela. ¡Qué locos estaban estos clásicos que entendían que el tiempo libre había que dedicarlo a aprender!

Por mucho que intentemos hacer que nuestros hijos lean, no lo harán, porque la lectura es un hábito que se genera por impregnación en la mayoría de los casos. Nuestros pequeños no conocerán lo que es el cultivo de la mente mientras nosotros no abandonemos el barbecho. No se puede inculcar la pasión por la astronomía cuando en el cielo de nuestras ciudades no se ven las estrellas. Unos padres que no leen, obligando a sus hijos a leer, son como el señor carnero y la señora oveja dándole a su amado corderito un trozo de carne para que lo coma. Con los libros infantiles solo gana el sector editorial, que está encantado de este remordimiento de conciencia, que sin contrición es absolutamente estéril.

Pero ¿qué más había en nuestro escaparate? Ah sí, libros de deporte y alimentación. Ya tenemos el becerro de oro de nuestra sociedad. Abandonamos al homo y volvemos al mono. Me desespera ver cómo la gente, en primer lugar no sabe envejecer, y en segundo lugar no busca la salud sino la belleza. Parecemos bonobos. En asuntos de dieta y ejercicio la pseudociencia ha entrado en la vida de las personas con la contundencia de un ariete que revienta las

puertas del castillo. Los hechiceros de la salud no van a dejar supervivientes en esta invasión de hedonismo. Llegados aquí recomiendo encarecidamente el visionado de los documentales dirigidos por el catedrático canadiense Timothy Caulfield. *Desmontando terapias* es el nombre de la serie. Donde habla él yo he de callar por respeto a los investigadores y amor a la ciencia. Permítanme, eso sí, que apostille este párrafo con una frase simple: ¡La frivolidad es una de las armas secretas de la selección natural! He dicho arma y no herramienta.

¿Y qué más libros tenemos en nuestro escaparate? De animales. Opción indiscutible porque la vida de un perro siempre será mucho más interesante que la biografía de las personas ilustres que han conformado nuestra Historia. Frente al rico mundo emocional de una mascota que se echen a un lado Hipatia de Alejandría, Fátima de Madrid, María Winckelmann, Nicole-Reine Lepaute, Caroline Lucrecia Herschel, Wang Zhenyi y tantas otras mujeres científicas injustamente olvidadas hasta ahora. Si se fijan, normalmente a todas ellas se las reivindica en un solo volumen, en una sola apuesta comercial. ¡Vayamos a perder dinero con esto de dar realmente visibilidad al genio y al ingenio femenino! La lectura se nos ofrece como un canal utilísimo para reivindicar a tanta mujer extraordinaria. Conocer sus vidas, su lucha, sus trabajos restañe la herida del olvido. Es necesario reivindicar la aportación al bien común de miles de miles de mujeres. Pero claro, cuando los gatos se humanizan las heroínas deben esperar.

En definitiva, el precio a pagar por el abandono del patriotismo humanista es la involución. Y ojo con retar a la naturaleza, porque tiene una extraordinaria facilidad para reunir cuatro ases. Sin hacer trampas. Vivimos en un mundo infantilizado. Negarlo solo muestra hipermetropía. No olvidemos que infantil significa “el que todavía no puede hablar”. ¿Qué hacemos con una sociedad en la que gran parte de las nuevas generaciones no sabe hablar bien, porque no saben; no sabe escuchar; no sabe leer; no sabe escribir? ¿Qué será de sus vidas más allá del yugo laboral y el pienso mediático? Las escuelas, los colegios, los institutos, las universidades son templos del saber. Desde la ermita de la niñez

hasta la catedral de la juventud. Si uno sale de un lugar sagrado sin la sensación de haber contactado con Dios no regresará ni siquiera para hacer turismo.

El ser humano abandonó definitivamente el hogar familiar de los monos hace cientos de miles de años para comenzar la empresa de una existencia más compleja, menos pedestre, más simbólica, menos instintiva. ¿Qué metió en aquella primera maleta cuando salió de la casa común de los animales? San Juan nos da la respuesta. Hagamos una versión personalizada de su pórtico evangélico: *“En el principio existía la Palabra/ y la palabra estaba junto al hombre, / y la palabra era el hombre. / Ella estaba en el principio junto al hombre. / Todo se hizo por ella /y sin ella no se hizo nada”*. Demostremos respeto hacia nuestra lengua para poder respetarnos a nosotros mismos. Cuidemos nuestra gramática, que es la matemática de las palabras, para pensar mejor. Disfrutemos de nuestra literatura, seamos capaces de escuchar la melodía que nos regalan unos caracteres de tinta desde el silencio. Nuestras mentes polinizan el mundo si en ellas hay polen verbal.

Ah, la libertad, esa obsesión para Cervantes. Vivimos en un mundo donde los barrotes son de Versache y el alpiste es ecológico, pero no somos libres porque hemos renunciado a volar. Hemos degradado, como asegura Emilio Lledó, la libertad de expresión con tonterías. Este mundo hay que cambiarlo. Nos toca ser Quijotes de nuevo. ¡Quién nos lo iba a decir! Virgilio escribió en La Eneida, sin saberlo, un llamamiento al profesorado del siglo XXI: *“Y ahora, aquel de vosotros que tenga fuerza y valor en su corazón que dé un paso al frente, se encaje los guantes y levante los brazos”*.

Luchemos, y no por nosotros, sino por ellos, por los más pequeños, para que no solo hereden tormentas y granizos sino también el sol de nuestro coraje y el cielo azul de nuestro empeño. Muchas gracias.